



EL PROFESOR RAMON ANIBAL ALVAREZ

Cátedra: Proyectos.

Años de cátedra: más de cuarenta.

Descanso jubilar: a partir de este Curso 72-73.

—¿Qué es proyectar, Profesor?

Se me ocurre la pregunta, a la vez que pienso que sólo puedo abordar al Arquitecto Ramón Anibal con ese apelativo. Hay personas que se pasan la vida enseñando, que enseñan magníficamente, pero que es difícil saber que son "profesores" a primera vista. No es el caso del Profesor R. Anibal. Sus alumnos han tenido que ver en él ante toda cosa al docente; luego, como todos los alumnos de todos los mundos, le habrán juzgado. No importa. Si alguno de los arquitectos que han pasado por la cátedra del profesor R. Anibal es hoy profesor, me atrevo a decir que su vocación fue sugerida por contagio. Es que los profesores son elementos contagiosos: contagian la materia que enseñan, pero contagian también el gusto, la vocación por ejercer la enseñanza. Estas son cosas que no se pueden explicar, pero que todo universitario —todo escolar como se decía en otro tiempo— ha experimentado a lo largo de sus años escolares.

—“Yo acabé la carrera el año 26. Eramos un grupo de arquitectos que teníamos un gran interés... ¿puedo decir que más interés por la Arquitectura que el que hay hoy?

—Lo que quiere decir, Profesor, es que ustedes eran más desinteresados, ¿No es así? Pero los tiempos... la condición social de origen de un arquitecto, entonces, salvadas las excepciones excepcionales del caso...

—Ahora, los Arquitectos recién salidos de la Escuela parece que tienen interés sobre todo por hacer grandes obras y percibir grandes honorarios, y lo demás... queda marginado en muchas ocasiones.

—¿Dónde trabajó al terminar la Carrera?

—Trabajé con Fernando Mercadal. Y gracias a López Otero, al día siguiente de acabar la Carrera estaba trabajando en la Telefónica. Mi primer proyecto realizado fue la Telefónica de Córdoba edificio que vino a ser como la clave para que se construyera todo el sector donde está emplazada.

—¿Y antes de terminar la Carrera?

—Sin título aún, un grupo de arquitectos trabajamos con el arquitecto Lozano Lhardi.

Con nuestro proyecto, ganó un Concurso, y se hizo el Hospital de Salamanca —el de la Diputación.

Con Manolo Chumillas hice un concursillo para hacer en la Exposición de Sevilla el Pabellón de Murcia y Albacete —que se realizó.

Y con el mismo Manolo Chumillas, nada más terminar la Carrera, hice otro Concurso: los Albergues de Turismo. El Concurso lo ganaron Arniches y Domínguez muy bien ganado. ¡Pero a nosotros nos dieron un accesit!

Y trabajamos también en un Proyecto que fue famoso. A nosotros no nos dieron nada, pero quedamos muy bien...

—Por lo menos quedaron muy contentos, al parecer.

—Sí; porque del jurado era Pedro Muguruza, y nos felicitó: le había gustado, pero era un poco ingenuo nuestro proyecto.

—¿Y era el Proyecto?

—El Ateneo Mercantil de Valencia. Hubo una lucha muy grande, el año 27, creo.

—Tiempos felicísimos

—Pues sí. Teníamos un sueldo, en la Telefónica, de seis mil pesetas anuales. Había mucho trabajo, porque eran los años de las Exposiciones de Sevilla y Barcelona: hicimos los proyectos necesarios para Telefónica; mejoramos la Telefónica de Valencia... trabajábamos a destajo y no medrábamos mucho.

—No era gran pago el que recibían

—No. Teníamos por jefe a un americano, hombre muy ducho en estas cuestiones, ingeniero de profesión. A él fuimos con nuestra cuita. Y nos dió la razón, pero nos manifestó que en un Consejo de Administración se había dicho que por 500 pesetas se podían tener a disposición los Arquitectos que se quisieran. La opción era aceptar o marcharse: nos fuimos.

—En todo tiempo se ha pagado así la labor mental, en nuestra tierra.

—Dejé la Telefónica, aunque eran años muy duros: se ganaba poco y había poco trabajo. Recuerdo haber trabajado con Miguel Durán Salgado, con Manuel Cárdenas, con Gutiérrez Soto —unos meses antes de entrar en la Telefónica. Y en estos Estudios se ganaban cuarenta duros por la mañana y cuarenta por la tarde... mensuales, claro es.

—¡Considere que eran muy jóvenes ustedes!

—También es verdad que la vida era infinitamente más barata, y aún se podía rodar en coche...

—¿Cuando volvió a la Escuela como docente?

—Me inclinó a ir a la Escuela Fernando Mercadal, y el que era muy amigo suyo, y luego lo fue también mío, el excelente Emilio Moya.

—Nadie que haya conocido a Emilio Moya puede olvidar su encanto personal y su calidad humana, por no aludir a su valía como arquitecto.

—Como profesor, como arquitecto, como humanidad... Fue incomparable. El fue quien me llevó a la Escuela como Auxiliar suyo. Y empecé a ayudarlo en la clase, que ya entonces era bastante numerosa, el año 1927-1928-1929... Había ya en aquel Curso muchos arquitectos que hoy trabajan

en primera línea. Destacaba Manolo Jaen, que luego ha brillado menos porque se ha comercializado; y estaban García-Lomas, Juan del Corro, Ramiro Moya, un Varela... Muchos, muchos de esos muchachos a los que yo no he olvidado, tampoco ellos me olvidan a mí, de auxiliar.

—¿Muchos años de Auxiliar?

—Bastantes... Porque fui pasando de una cátedra a otra, de Proyectos I a proyectos II, III... Siempre en Proyectos. ¡Y lo que he intervenido en exámenes!

—No se le olvida al profesor, su intervención en exámenes: dura tarea para el profesor que es profesor en verdad.

—Luego, hubo unas oposiciones para Auxiliares de una categoría distinta a la que teníamos. Pero estas Oposiciones se suspendieron por las bombas que caían en la Ciudad Universitaria.

—Y no digo más, diría en este punto Miguel de Cervantes.

—Después de la guerra, el tribunal que se constituyó reanudó las Oposiciones, y me dieron a mí la plaza de "Auxiliar por oposición", como se decía, en Proyectos. Pasaron años, y no salían a Oposición las cátedras. Salieron en 1950. Hubo una oposición muy reñida. Y la gané. Y ese año 50 mi oído se resintió y se me produjeron unos vértigos terribles. Y me acuerdo que el médico que me trató y se asombró de mi dolencia, inquirió acerca de su causa posible, que él juzgaba debía ser un excesivo esfuerzo. Cuando le dije que había hecho unas oposiciones, me llamó loco: "A los cincuenta años no se hace una Oposición". Pero aquello se superó.

—Sigamos hablando de la Escuela. Es la Escuela —la Universidad— punto candente del día. Pero dígame algo más permanente que la contestación. Yo considero que un Profesor siempre aprende mientras enseña. ¿Qué puede decir que ha aprendido en la Cátedra?

—Yo creo que al cabo de los años, lo que más se aprende es a tratar a un muchacho. Es muy agradable tratar a gente joven. Yo echo de menos esas horas, ¿sabe? Ahora, yo he llegado a la consecuencia —en la clase de Proyectos— que hay que tratar a los muchachos con verdadera delicadeza. Si a uno de ellos se le trata con mucha dureza, le puede quedar una herida que nunca le acabe de cicatrizar. Y si se es muy blando, el estudiante le tiene a uno por "señor que no nos sirve para nada". Hay que tener un ten con ten difícilísimo en la clase de Proyectos: halagar y pegar un poquito; animar para que no se desanimen los muchachos y hagan más... En la clase hay que ser entre gracioso y serio según es el carácter del alumno. Hay que animarle, traerle a lo que debe hacer, enseñarle, orientarle, no meter demasiada mano en el Proyecto que hace, sino indicar, sugerir, encauzar, poner bibliografía al alcance de su mano, hacerle que vea obras hechas, aconsejarle sobre si debe dibujar más o menos... Difícil. Verdaderamente difícil. Al cabo de los años se llega a comprender que realmente es difícil la tarea.

—¿Es que al cabo de los años se mide con medida más estricta la obligación personal y la responsabilidad contraída?

—Sí; si a un alumno se le ha tratado un poco mal, después si le encuentran a uno por la calle, se le muda el color y cambia de acera. Pero otros alumnos, en cambio, no: conservan respeto y se muestran siempre amables con su antiguo profesor —son amigos ya. Recordando a Emilio Moya, que era modelo de profesores, siempre he tenido muy en cuenta la enseñanza de Emilio. Lo que no sé es si después del año 39 las cosas pueden ser como eran: la política ha influido una barbaridad en la Carrera.

—Y habrá influido también, en la rotura de la amistad y hermandad que reinaba entre Arquitectos nuevos y mayores, el número de Arquitectos, y de alumnos arquitectos que hay hoy.

—Sin duda. Esto pasaba en los años "normales", en que los Cursos eran al máximo de cincuenta alumnos. Eran abarcables, por así decir. Cuando ha llegado el momento en que ha habido

que partir los Cursos en grupos, ya no cabe posible control personal de los muchachos. Ya se ha perdido la ruta que se seguía desde el comienzo con los muchachos futuros Arquitectos. No es posible trabajar personalmente con cien muchachos a la vez... El profesor atiende muy bien a un grupo de treinta alumnos, no se llega a más.

—¿Esto es grave?

—Sí el profesor no tiene posibilidad de estar en diálogo durante horas y horas y a lo largo de días y días con el alumno, es difícil formarlo en una disciplina, por ejemplo, como la de Proyectos.

—Y, en conclusión, digamos que el profesor aprende una lección de humanidad —de lo que es una persona humana en devenir— durante los años de su docencia, mucho más que pueda aprender, concretamente, respecto a su disciplina.

—Sí, así es.

—Y ahora, ¿qué es un Proyecto para un estudiante de Arquitectura?

—Pues es una condensación de todos sus conocimientos. Es una especie de compendio de todos los estudios realizados con anterioridad, los cuales tienen por fin, naturalmente, el capacitar al estudiante de Arquitectura, para que pueda realizar un "proyecto". Y ese proyecto, además, deben hacerlo los estudiantes manejando libremente los datos, los libros que pueden facilitarles la tarea, y hacerla de más valor. Y precisamente, la prueba del proyecto es la prueba de la integración pertinente de todo lo aprendido antes, de un modo que pudiéramos decir desperdigado. Y a propósito de este tema, quiero decirle que yo estoy convencido de que la modificación que debía hacerse en la Escuela descansa en la modificación de la clase de taller, la clase de proyectos-taller.

—¿A qué es debido que las materias que se estudian en la Escuela queden tan aisladas las unas de las otras?

—A que los profesores así lo han establecido. Pero eso, más tarde o más pronto tiene que desaparecer: la clase de proyectos debe ser la esencial en una Escuela de Arquitectura. Y a esa clase se deben agregar los profesores de construcciones, estructuras, materiales. Ahora, esto no parece que les guste a muchos profesores de las Escuelas nuestras; creen que pierden categoría.

—¿Haría falta hacer una Escuela en que a partir del proyecto se le dieran al alumno los conocimientos teóricos y prácticos para su realización?

—Casi haría falta tirar una Escuela, y hacer otra. Habría que cambiar completamente la estructura de la Escuela. Y yo estoy convencido que en esa nueva Escuela el alumno tardaría menos tiempo en aprender; y al ver todos sus conocimientos utilizados, los profundizaría con mucho mayor interés.

—Creo que hay una Escuela inglesa donde se sigue este método.

—Sí; y hay un ensayo en Francia, también. Los alumnos están en estudios de arquitecto, y luego se les da un certificado de aptitud. Pero aquí... Yo he hablado de esto en Claustro, y he tenido muy poco eco, menos colaboración y ninguna ayuda. No gusta.

—¿No gusta?

—Se piensa que de este modo el profesor perdería categoría.

—Yo diría que el profesor debe ser ante todo humildísimo, y pensar que no tiene, él importancia alguna, que lo importante es el alumno que aprende.

—Los profesores deberían estar más unidos con el alumnado, y mientras así no sea, los proyectos no marcharán demasiado bien.

—Volvamos a los "Proyectos" de los alumnos-arquitectos. ¿Cómo se valora un proyecto?

—Pues por la cantidad y la calidad. Antes de nada por la calidad, de la obra que han hecho. La cantidad, pues está pedida —se piden secciones, plantas. Se trata de buscar entre los tableros de los alumnos las concepciones claras, las ideas...

—La belleza, ¿está fuera de la Escuela ya, o sigue teniendo vigencia?

—Cada día la belleza de un proyecto tiene menos importancia. Antes se decía de un proyecto que era precioso, ahora se dice más bien que es "muy grande", "brutalista", pero belleza... es lo que se busca hallar en las calles, andando por Madrid, pero no se halla. La belleza queda al margen. ¿No se ha fijado en los anuncios de pisos? Dicen de los inmuebles que tienen agua caliente, ascensor de subida y bajada, parquet, pero no dicen que ofrecen una casa "preciosa" ¿no es así? Eso no tiene importancia. Las empresas constructoras rara vez se preocupan de los alzados.

—Sin embargo, a mí me parece muy importante que la habitación en que se está tenga una belleza espacial, que ayude a vivir.

—Pero ahora, creo yo que esa necesidad parece secundaria.

—Yo entré un día en una casa, en el Barrio de Salamanca, y me quedé maravillada de la belleza de una habitación —dejando a un lado su decoración y amueblamiento, que no eran para mí especialmente atractivos, por abundantes... Me preguntaba yo por el secreto fundamental de las habitaciones aquellas. Al cabo de una hora, averigüé que la casa era obra de un arquitecto al que queremos mucho: era obra de Fernando Mercadal.

—¡Claro! Porque Mercadal, como los de nuestra generación, todos, nos hemos preocupado de una cosa que yo creo preocupa poco a muchos, ya: medir en todas direcciones para hallar la medida justa del hueco y del espacio.

—Ahora, al lector pido que me crea. Hablando de esta casa, en la que —repito— la habitación, cada habitación es por sí misma una pieza construida más importante que los muebles que la amueblan —muy valiosos, por otra parte— resulta que con Mercadal había trabajado en esa casa el Profesor R. Aníbal. Con lo cual se demuestra que el Ángel de la Arquitectura no me deja de su mano. (En Barcelona, le mareé largo tiempo a Emilio Bofill, mi compadre, para que me dijese de quien era una casa... Y era suya: por eso me dejó desmenuzar la casa en cuestión con tan divertida sonrisa ante mis elogios).

—Hicimos un salón de once metros, en su día muy criticado, y luego varias veces medido por arquitectos nuevos.. ¿Y usted ha visto la escalera? Es comprada, y era una escalera hecha por mi abuelo; era de la casa de la Carrera de San Jerónimo, que derribaron para hacer el Banco Exterior. Es una escalera de plátano. Y en los descansillos tiene unos plafones con un apretado de talla de caoba. ¡Y la hizo mi abuelo!

—¿Es de familia de arquitectos?

—Soy sobrino de don Manuel Aníbal, que fue Director de la Escuela, que fue el que construyó el edificio que ocupan ahora los Maristas —Colegio del Pilar. Y soy nieto de mi abuelo Aníbal, que construyó el palacio Gaviria, la casa de la calle del Arenal —destrozada ya— cerca de Sol... Mi abuelo era un gran arquitecto, al que yo admiré siempre mucho. Pero le han destruido mucha obra, porque la tenía hecha en lo que ahora es Gran Vía; palacios que han desaparecido, claro está. Tiene muchas casas en Madrid de gran calidad.

—¿Recuerda a algún alumno y algunos proyectos famosos que se han hecho en su cátedra?

—Alumnos... muchos. En todos los años siempre hay un grupo de alumnos, dos, tres, muy buenos; los demás son ya no tan buenos, por lo menos, al salir de la Escuela. Los que le cito sobresalientes, han destacado luego enseguida, como arquitectos. Yo recuerdo... a Manolo Jaen, que tras la guerra se ha comercializado, y ha hecho mucha obra pero con menos interés del que mostraba en la Escuela.

En años posteriores, recuerdo mucho a Oriol Ybarra, extraordinario; y en su curso había otro muy bueno, el hijo de don Epifanio Ridruejo, que también trabaja bastante. Cano —que es ahora profesor de la Escuela.. Muchos de los que son ahora profesores de la Escuela han sido unos alumnos muy buenos. Barbero y Rebolledo, a quien yo decía siempre que sus proyectos eran de edificios semejantes a aparatos de radio: y es el que ha trabajado luego en Seat y en la Citroën muy bien. Y muchísimos...

—¿Cree usted que hay diferencia entre los primeros y los últimos alumnos que tuvo en cuanto ello pueda significar una actitud distinta de la juventud frente a la carrera?

—Eso sí; como le decía al comienzo de esta conversación, yo creo que antes había más desinterés. Ahora, todo el mundo va con una mira más interesada. Quizá, las necesidades son hoy mayores. El caso es que el alumno va pensando siempre en cómo va a comer y a vivir. Antes no había tanta urgencia. Por otra parte, la carrera se ha democratizado una barbaridad. Y así como al principio los alumnos eran muchachos de familias en su mayoría muy conocidas, y de una buena posición económica, ahora por la masificación que hay, por la igualdad de oportunidades, hay muchos alumnos que llegan a la Escuela con una educación, con un Bachillerato deficiente, y que no tienen una clara vocación: su problema es salir de la Escuela de Arquitectura, o de la Escuela de Ingenieros y vivir. Además pertenecen a otro tipo de familias. Y respecto a esto, le referiré una anécdota: Un chico me preguntó con mucho afán: ¿Me podría decir, don Ramón, que hago yo por el verano? Porque mi padre es notario en Tres Gajos —en plena Andalucía— ¿qué hago yo en tal lugar? Se llevó libros, papel y todo lo demás que le sugerí para que en su Lebrija, cercana a la Notaría paterna, pudiera seguir haciendo buena labor universitaria.

—Este problema, del muchacho condenado a encerrarse en pueblo durante las vacaciones, ¿Se planteaba antes?

—No tanto, porque los alumnos procedían de familias más afines a ese tipo de estudios.

—¿Cree que el entorno humano-social-familiar de un arquitecto es importante?

—Es muy importante. Es excesivamente importante. Son ahora terriblemente incultos, intelectual y artísticamente. Se nota en todo: el Bachillerato —y yo no se porqué— no llega a ser un Bachillerato eficaz. Y los estudiantes llegan a la Escuela, en una palabra, sin "bachillerato".

Yo recuerdo mi bachillerato. Y recuerdo que estudiábamos cosas que después he necesitado, y que tenía bien aprendidas. Yo no sé si es que han quitado algunas materias, o si es que los profesores de antes eran más... pedagogos. Nos hemos quejado muchas veces en la Escuela de la preparación de los bachilleres nuevos. Luis Moya es de los que también se quejaba del estado de sus alumnos, en los primeros años. Hasta el punto de que hacen ifaltas de ortografía, a montones! No saben ni gramática.

—Es que ahora, parece ser, hacer faltas de ortografía no es una falta, y no se debe de corregir su ortografía a los niños, porque se les hace daño.

—¡En eso yo estoy conforme! ¡La ortografía es un estorbo! ¡Cómo es un estorbo el Código Penal! En cierto sentido... Pero lo de la ortografía nada tiene que ver con la calidad literaria del idioma de las personas.

—Ya se sabe que Azorín tenía su propia ortografía, y Juan Ramón Jiménez ino se diga!

—Sí, yo he conocido a un poeta, andaluz, que me enseñaba sus versos muy buenos, y cuya ortografía era... Yo creo que tenía razón.

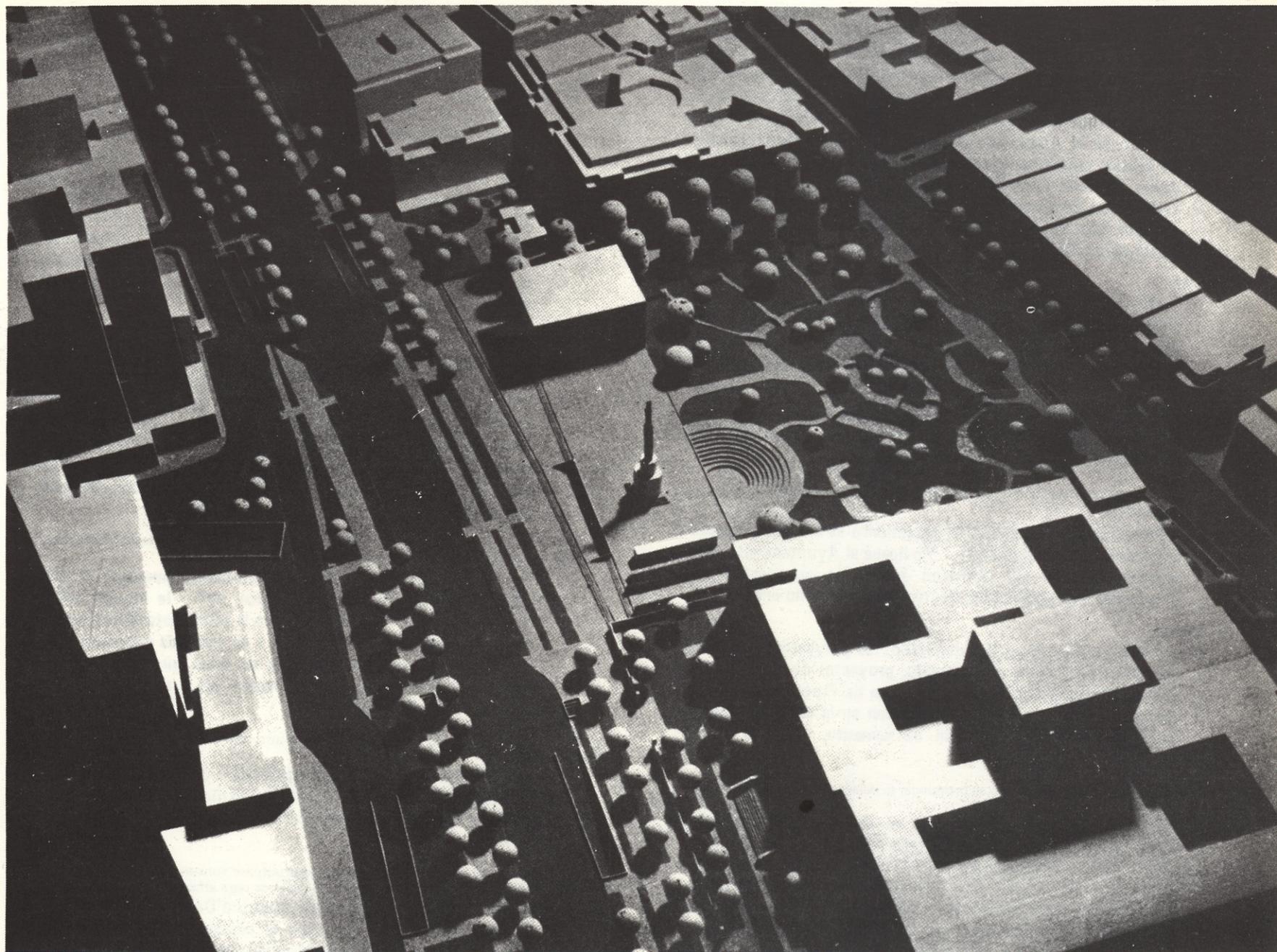
—Si lo escrito es de calidad, bien; pero para escribir una carta es mejor que lleve cabales sus letras. El idioma escrito hay que conservarlo con una ortografía fija, si es que queremos que el idioma sea un elemento uniforme...

¿Usted ha sido arquitecto de la Casa Real?

—Yo he sido ayudante de Miguel Durán, que era arquitecto de la Casa Real, y trabajé mucho con él. Hice un Concurso con el —Caballerizas— que lo ganamos. También lo ganó Fernando Mercadal: nos dieron dos primeros premios.

—¿Había mucho trabajo en Palacio?

—Había. Pero había muy poco dinero. El Patrimonio manejaba muy poco dinero. Y hacíamos intentos de hacer, y no llegamos a hacer casi nada.



CONCURSO DE IDEAS PARA LA ORDENACION DE LA PLAZA DE COLON

Ramón Aníbal Álvarez: Dr. Arquitecto Catedrático de proyectos de la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Madrid.

Ignacio Prieto Revenga: Dr. Arquitecto. Urbanista. Profesor de proyectos de la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Madrid.

Manuel Prieto Revenga: Economista.

José Luis Prieto Revenga: Dr. Ingeniero Industrial

—¿Y no tenían que cuidar los Palacios todos, o no era esto misión suya?

—Sí, lo era, pero el Patrimonio vivía de las judías de Aranjuez o de la Granja. Ese era su ingreso. Y la administración del conde de Grohe, que estaba esperando que hubiera una cacería para vender veinte mil duros de conejos de la Casa de Campo. Ahora, lo que era precioso, eso sí, era entrar en Palacio. Yo he entrado en el Archivo de Palacio, donde había una colección de dibujos preciosos, que se proyectaba exponer. Javier Sánchez Cantón estaba en ello. No pudimos llegar a realizar esa Exposición de Dibujos de Arquitectura, yo creo que por falta de dinero. Creo que todavía están allí. Y de allí había anécdotas...

—¿Tristes?

—¿No conoce la de las cartas de Velázquez? Un título... se hizo amigo de una bailarina de los Ballets Russe, y la bailarina entraba por la Biblioteca de Palacio normalmente. Un día vió las Cartas de Velázquez. Y hoy están en Moscú, parece ser.

—¿Cierto?

—No lo han divulgado, pero yo lo sé de Palacio. Creo que esas Cartas están en Moscú, en un Museo. No sé si la bailarina las regaló o vendió...

—¿Ha sido también arquitecto municipal? ¿Cuál es su responsabilidad en el Madrid que nos acoge?

—Pues ninguna. Porque el Ayuntamiento es una cosa especial en cuanto a la Arquitectura... Yo llegué al Ayuntamiento, y la primera medida que tomaron todos los arquitectos allí empleados, fue entablar un recurso para que yo no entrara.

—No está mal.

—Yo he hecho, en el Ayuntamiento, los proyectos que no ha querido hacer nadie: por ejemplo, proyectos de Escuelas. Lo último que he hecho ha sido el Centro de Protección Animal, porque estaban los perros que recogían en la calle metidos en un lugar inmundo: un cajón de cemento, con una rejilla encima...

—Esa es la idea que uno tiene, cuando se pronuncia la palabra "perrera".

—Pero este Alcalde, y Linares el delegado, consiguieron suprimir esa checa perruna, agregar el sitio al Parque de la Arganzuela, y entonces me dieron un solar en Canto Blanco, donde yo he hecho no "perreras" sino un Centro de Protección Animal, que tiene un Director que es un hombre muy simpático, sacerdote y veterinario, y todo está muy bien. Salvo que... Le contaré una anécdota: a veces, es preciso gasear perros y otros animales. Así se hace, y luego se queman en un horno crematorio que allí hemos hecho. Todo ello se hace en bien de la salud pública, y por supuesto, que no se gasea indiscriminadamente a todos los perros. Pero el día que esto acontece, los empleados tienen unas largas caras, y el Director desaparece totalmente del lugar... No lo resiste. La obra, a mí, me costó mucho trabajo, porque se trata de un solar muy estrecho y muy largo, y muy difícil de utilizar.

—¿Cuál es su visión del Madrid de 1999?

—¡Faltan muchos años, todavía! Madrid es un disparate. Y al decirlo alguna vez tiene razón Fisac. Madrid en cierto sentido, —¿puedo decir una palabra?

—Díjala

—Es un asco. Madrid está lleno de gente que no es de Madrid, y que no tiene ningún interés por Madrid; como no tienen ningún interés por Madrid no vienen más que a vivir aquí y a sacar dinero de Madrid, y no hay cariño a Madrid. En las provincias —por ejemplo en San Sebastián, en Barcelona, en La Coruña... hay un cariño a la ciudad; pero en Madrid como

nadie casi es de Madrid... y la gente no viene más que a hacer negocio a Madrid, así resulta que Madrid es una ciudad completamente disparatada.

—¿Qué tipo de solución habría?

—Hacer vías de comunicación de manera que una persona viviera a cincuenta kilómetros de Madrid, pero a cinco minutos de la Puerta del Sol. Esto es una visión del Urbanismo, pero este Urbanismo que toma unas medidas hasta aquí, y unas distintas hasta allí... Yo no lo entiendo. A mí me agobia la situación que se crea a muchas familias de Madrid, en razón de los precios de las viviendas, y la dificultad de los transportes —y su carestía para economías menguadas... Yo me imagino que subsisten a costa de casi no comer, y de hacer unos trabajos disparatados para poder subsistir.

—Esto es triste ¿verdad?

La hora es ya de terminar. Profesor, ¿cuál es su mensaje a los arquitectos nuevos?

—¿Mi mensaje? Pues es que fueran menos interesados; que pensarán mucho más no en el Proyecto que van a hacer, sino en el Proyecto de un Madrid mejor. Que no piensen en una obra individual sino en una obra conjuntada con la de los demás. Y no en Madrid sólo, sino en cualquier sitio que realicen una obra. Y que lo hagan todo siempre con un poco de desinterés.

—¿Cree que esos arquitectos que se dedican a investigar, investigan porque no pueden construir, o porque les apasiona investigar?

—A muchos chicos les interesa francamente investigar, sí. Por ejemplo a Amezcqueta, —¿le conoce, no? — le interesa sobre todo investigar y tiene abandonada la otra faceta de la Carrera, porque no se puede hacer todo a la vez. Los que verdaderamente se dedican a investigación, sin duda, quedan un poco al margen de la Carrera. Digo la Carrera, en el sentido corriente que damos al nombre los más.

—¿No debería tener la Escuela unos Institutos de Investigación anejos para post-graduados?

—¡Claro que sí! Pero la Escuela adolece de falta de autonomía económica. No es que el Estado no de dinero, lo da; pero no lo da en la medida y al ritmo que la Enseñanza lo requiere hoy en día.

—¿No podrían las Grandes Empresas Constructoras subvencionar unos Centros anejos a la Escuela, que serían al cabo muy buenos para ellas?

—¡No lo creo! En la Escuela, Víctor d'Ors ha iniciado algunas cosas muy bien, si bien —ya le conocemos todos— le falta acaso constancia. Inició el Instituto Juan de Herrera. Buscó a unas personas particulares que lo subvencionaran. Ni siquiera nos hemos reunido todos nunca, y las aportaciones ofrecidas y dadas han sido muy pequeñas. Con lo cual solo ha sido posible atender a unas becas de pequeña cuantía...

—Yo aludía a una obra conjunta, llevada a cabo por muy Grandes Empresas Constructoras, que en más de una Escuela de Arquitectura pudieran crear estos Institutos de Investigación para post-graduados, se entiende.

—Hace falta mucho dinero. Soy pesimista. La masa estudiantil es inmensa. Hay que hacer frente a esta masa, ante todo...

—La Escuela, la Universidad se ha masificado. Pero queda —lo estamos viendo— la llama docente viva en quienes, presentes todavía en la Escuela, en las Escuelas, en las Facultades Universitarias, saben muy bien cuáles son los problemas universitarios, y no los apartan de su mente. Yo creo que todo el pensar sobre la Universidad que está activo en los mejores —docentes en activo, docentes ya fuera del trabajo escolar— servirá algún día no lejano para que haya en Madrid no sólo vías de acceso, no solo calles apacibles, sino UNIVERSIDAD.

Gracias, profesor Aníbal, porque esta ha sido una lección de una vida de auténtico universitario, honesta, cabalmente vivida en sus años activos, consciente, pensantemente vivida, a partir de ahora.

Carmen CASTRO